

Aníbal Quijano: socialización del poder como cuestión central del socialismo

Recibido: 16/03/2019
Aprobado: 21/05/2019

RODRIGO MONTOYA ROJAS
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
r.montoyarojas@gmail.com

RESUMEN

A partir de la biografía tanto académica como política de Aníbal Quijano, se reflexiona en torno a la socialización del poder, una de las propuestas del pensador peruano, en su segunda etapa intelectual. El recorrido empieza con su formación, para destacar su afirmación inicial en el marxismo, su producción sociológica, su compromiso y militancia política a través del Movimiento Revolucionario Socialista, la creación de la revista *Sociedad y Política*, entre otros hechos. Esto va de la mano con dos sucesos clave en el proceso sociohistórico peruano: el surgimiento de Villa El Salvador y la formación de la Alianza Revolucionaria de Izquierda. Eventos que no fueron ajenos al interés de Quijano ni a sus propuestas.

Palabras clave: Socialización del poder, militancia política, Villa El Salvador, Alianza Revolucionaria de Izquierda.

Anibal Quijano: socialization of power as a central issue of socialism

ABSTRACT

By reviewing the academic and political biography of Anibal Quijano, this article reflects around the socialization of power, one of the Peruvian thinker's proposals, during his second intellectual stage. It begins with his formation, to highlight his initial adherence to Marxism, his sociological production, his commitment and political militancy through the Socialist Revolutionary Movement, the creation of *Sociedad y Política* magazine, inter alia. This goes hand in hand with two key events in the socio-historical Peruvian process: the emergence of Villa El Salvador and the formation of the Left Revolutionary Alliance. Events to which Quijano's attention was no stranger.

Keywords: Socialization of power, political militancy, Villa El Salvador, Revolutionary Left Alliance.

A un año de su partida —luego de una larga vida consagrada a la reflexión y a la teorización de la cuestión de la sociedad, la política y el poder en el mundo, en América Latina y en el Perú—, el momento es oportuno para que desde la revista *Discursos del Sur*, editada por la Unidad de Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, intentemos una serie de aproximaciones para entender mejor su obra y dibujar algunas de sus huellas. Antes, son pertinentes dos observaciones: de un lado, tener en cuenta que su vocación y militancia política se confundieron prácticamente con su biografía, desde su ingreso a San Marcos en 1946 y, de otro, su pensamiento crítico, como parte de su vocación para pensar la realidad con plena independencia de las corrientes de pensamiento dentro de la izquierda y tratar de proponer las formulaciones teóricas más apropiadas para entenderla.

Desde cuando conocí a Aníbal —y a Carmen Pimentel, en Lima, en 1962, en la peña Pancho Fierro, gracias a José María Arguedas y a Celia Bustamante— hasta la última vez que hablamos, en el 2017, una de las imágenes que guardo de él corresponde a la de un hombre profundamente interesado por la política, con un compromiso firme expresado de manera hermosa y transparente en uno de los versos de Atahualpa Yupanqui, nuestro gran poeta argentino: “De un sueño lejano y bello viday, soy peregrino”. Cuando le oí cantar esta zamba y canciones ancashinas de su tierra en quechua, vi por primera vez a un político que se parecía a José María Arguedas y que era diferente del resto. Ese sueño de juventud y madurez, de toda su vida, fue el socialismo. Tal vez, por influencia de José Carlos Mariátegui, fue sintiendo la política, el socialismo y la reflexión histórica como parte de la vida misma, confundiéndose con la música, el canto, la poesía, la danza, con el precioso tiempo para conversar con una botella de vino con los amigos y amigas; en última instancia, como parte de la alegría de vivir. La imagen del bolchevique luchador que no tiene derecho a la alegría, sino en el día de la victoria, le era enteramente ajena.

Entre 1965 y 1970, en el pequeño mundo de la Facultad de Letras de San Marcos ser de izquierda significaba ser comunista prosoviético, comunista prochino o trotskista. Parecía que las opciones eran solo esas tres. En la contratapa de su documento de aparición política —1965—, Vanguardia Revolucionaria, uno de los nuevos partidos de izquierda posguerrilla, incluyó la frase de Mariátegui “... sin calco ni copia, creación heroica” que se convirtió en una especie de bandera nueva, lamentablemente fugaz. Desde esos leja-

nos años hasta el final de su vida, Aníbal fue considerado como “un trotskista”, porque en la perspectiva de los camaradas prosoviéticos y prochinos no hubo lugar alguno para un pensamiento crítico independiente y serio dentro de la propia izquierda. Aníbal se reía de esa calificación, conocía a dirigentes trotskistas “mundiales” —franceses, belgas y argentinos— y fue amigo de toda la vida de Hugo Blanco, por ejemplo. Corresponde a Mariátegui el mérito mayor de la existencia en América Latina de ese pensamiento crítico desde 1926. Después, vendrían los tiempos de libertad en 1960, luego de los movimientos anticolonialistas herederos del pensamiento de Franz Fanon, el gran psiquiatra e intelectual afromartiniqués; del movimiento intelectual francés, principalmente de Louis Althusser para volver a las fuentes de *El capital* y Marx dejando atrás las versiones del marxismo oficial soviético de la Tercera Internacional; y de la novedad de una primera aproximación entre el marxismo y el psicoanálisis.

El espíritu crítico de Aníbal fue uno de los pilares para ir construyendo, paso a paso, un modo diferente de mirar nuestra historia, a partir de una lectura notable de la bibliografía en varias lenguas y de una vocación por pensar y teorizar, mucho más que por investigar siguiendo los cánones de las tradiciones académica y marxista.

Mi contribución en este número de homenaje es ofrecer una reflexión sobre la socialización del poder, una de las propuestas de Aníbal, veinte años antes de su hallazgo último: la colonialidad y la descolonialidad el poder. Es pertinente situar sus ideas de la socialización del poder en la segunda de las tres etapas de su trabajo académico-intelectual. La primera (1956-1967) corresponde a su preocupación mayor por la cultura peruana, los movimientos campesinos en Perú y América Latina, por los procesos de urbanización y sus primeros textos sobre la sociología peruana. Su tesis doctoral en Historia, *La emergencia del grupo cholo y sus implicaciones en la sociedad peruana*, de 1965, y su primera aproximación sobre el Perú en *Naturaleza, situación y tendencias de la sociedad peruana contemporánea (un ensayo de interpretación)*, de 1966, constituyen los dos textos más importantes de esta etapa. Su hipótesis sobre la cultura chola, como la cultura nacional del país, dejó una larga estela en los debates sobre el Perú. El propio Aníbal dio marcha atrás y, poco después, ese modo de mirar la cultura desapareció de su horizonte intelectual y político.¹ La segunda comienza en 1968, con sus primeros trabajos sobre

1 Antes de estos dos textos, Aníbal publicó una antología sobre la obra de José Carlos Mariátegui y otra sobre el cuento latinoamericano. Su interés por la literatura fue constante a lo largo de su vida. Publicó un

la dependencia en América Latina, al lado de Fernando Henrique Cardoso y el grupo de científicos sociales reunidos en la CEPAL (Santiago de Chile), y se prolonga hasta 1980-85, aproximadamente. Los problemas del polo marginal de la economía y su salto a las cuestiones del imperialismo y la clase obrera, del neoimperialismo, nacionalismo y capitalismo de Estado en el Perú fueron los problemas que merecieron su atención en el periodo de formación del Movimiento Revolucionario Socialista (MRS) y la aparición de la revista *Sociedad y Política*. La tercera y última, centrada en la colonialidad-descolonialidad del poder, empezó a aparecer en sus textos *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*, de 1988, en *La nueva heterogeneidad estructural de América Latina*, de 1989, *Colonialidad y modernidad/racionalidad*, de 1992, y su texto compartido con Immanuel Wallerstein, *Americanity as a Concept. Or The Americas in the Modern World-System*, de 1992. Justamente, quinientos años después del llamado descubrimiento de América apareció en el horizonte una mirada mundial sobre las estructuras de poder paralela a la historia del capitalismo y de la modernidad. Su artículo “¿Bien vivir?: entre el ‘desarrollo’ y la des/colonialidad del poder”, del 2011, cierra este vasto ciclo intelectual de sesenta años.²

Mi libro *Porvenir de la cultura quechua en Perú, desde Lima, Villa El Salvador y Puquio* (2011) fue el fruto de un trabajo de campo de largo aliento entre 1996 y el 2000. En los nueve capítulos de la parte I y en los resultados de una encuesta, en la parte II, se encuentra la información que sustenta lo sostengo en este artículo de homenaje a Aníbal Quijano.³

poema y me parece muy importante su texto “Arguedas: la sonora banda de la sociedad” (1968). Habría que prestar especial atención a sus artículos publicados en la revista de crítica literaria *Hueso Húmero*. Hay en el capítulo 12 de mi libro *Porvenir de la cultura quechua...* (2011) un amplio debate sobre el problema del mestizaje y la cultura peruana, particularmente sobre los errores en las hipótesis de Aníbal Quijano y de José María Arguedas.

2 Las referencias bibliográficas precisas de los textos de Aníbal Quijano citados en este artículo se encuentran en su libro *Cuestiones y horizontes. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (2014).

3 Véase principalmente el capítulo 1, “Villa El Salvador: del sueño de una comunidad urbana autogestionaria y socialista a un distrito más de Lima” (2011, pp. 23-83). Debo informar también a quienes lean este texto que, luego de mi renuncia al partido Vanguardia Revolucionaria, en 1979, por la conversión al maóismo de su dirección y el abandono de su promesa mariateguista de un socialismo “sin calco ni copia, creación heroica”, formé parte del MRS y del Comité de Redacción de la revista *Sociedad y Política*, al lado de Roberto Arroyo, César Germaná, Mirko Lauer, Peri Paredes, Felipe Portocarrero, Manuel Valladares y Abraham Zevallos, y también del Centro de Investigaciones Sociales (CEIS), dirigido por Aníbal Quijano, institución con la que publiqué alguno de mis libros, en particular, la segunda edición de mi *A propósito del carácter predominantemente capitalista de la economía peruana actual* (1978) y *Capitalismo y no capitalismo en el Perú: un estudio histórico de su articulación en un eje regional* (1980), en coedición con Mosca Azul Editores. Además, en el capítulo 1 de mi libro *Culturas: realidad, teoría y poder* (2019, en prensa) se puede ver una primera aproximación mía al pensamiento crítico de Aníbal.

Las tomas de tierras en Cusco (1957-1962), el frustrado movimiento guerrillero del Ejército de Liberación Nacional (ELN) por llegar a tiempo para fortalecer a los campesinos cusqueños en abierta rebeldía contra los hacendados (1963-1965), el surgimiento de Vanguardia Revolucionaria (1965) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (1964) como la “nueva izquierda”, aparentemente diferente a las ya conocidas organizaciones prosoviética, pro-chinas y trotskistas, los primeros ensayos de reforma agraria (1963, 1964) y, por supuesto, el golpe de Estado velasquista de 1968, fueron los hechos políticos más importantes de la década peruana de 1960, en un periodo marcado por la Revolución cubana como ejemplo a seguir, por el movimiento anticolonialista surgido en Asia y África, y por la rebelión libertaria del mayo francés de 1968. Fueron derrotados los movimientos guerrilleros, las dos organizaciones de la nueva izquierda insistieron en volver a tocar la misma puerta de la insurrección guerrillera. Para que no vuelvan las guerrillas y el país no produzca otros Hugo Blanco que pongan en peligro el orden predominantemente capitalista de entonces, el general Velasco Alvarado y sus llamados “coroneles de izquierda” dieron un golpe de Estado más, en 1968. Tomaron como suyas algunas de las banderas de la izquierda (reforma agraria, nacionalización del petróleo, reforma educativa, antiimperialismo, socialismo, nacionalización de la industria, etc.). Tuvieron el cuidado de ser ellos, los militares, quienes condujeron el llamado “proceso de la revolución peruana”, relegando a sus aliados de izquierda al simple papel de compañeros de ruta sin ninguna capacidad autónoma de decisión. Desde su orilla, los militantes del Partido Comunista y los socialistas creyeron que el Perú vivía una revolución y que el momento había llegado para optar por la revolución o contra ella, sin decir una palabra sobre la conducción exclusivamente militar y anticomunista de los generales y coroneles. El capitalismo de Estado fue visto como socialismo antiimperialista. La ilusión duró solo siete años; un nuevo golpe de Estado del general Morales Bermúdez, esta vez contra Velasco Alvarado, en 1975, marcó el rumbo de restaurar el viejo orden capitalista que continúa hoy. Los compañeros de la izquierda revolucionaria tuvieron que abandonar los puestos de colaboración en el Estado y la cooperación internacional les abrió las puertas de las ONG, como “agencias para promover el desarrollo” y garantizar un proceso notable de despolitización, dentro de un nuevo mercado de trabajo para compañeras y compañeros de izquierda sin empleo y sin calificación profesional previa, salvo las excepciones de la organizaciones de defensa de los derechos humanos y varias

tendencias feministas. La entrada de las organizaciones de izquierda en la política electoral, tras una mítica curul como sentido y razón, abrió ese nuevo espacio después del fortísimo paro nacional de 1977 que obligó a los militares a volver a sus cuarteles después de doce años. Aníbal Quijano fue uno de los primeros en señalar el capitalismo de Estado como uno de los elementos del proyecto político-militar.

1. Aparición de Villa El Salvador en el horizonte urbano de Lima Metropolitana

La década de 1970 trajo una novedad política de primer orden. En 1971, unos diez mil pobladores de Lima, que buscaban un lugar donde vivir, tomaron la decisión de ocupar las faldas de un cerro en Pamplona Alta, al sur de Lima, muy cerca del colegio La Inmaculada en el que los jesuitas educaban a los hijos de las familias de capas medias y altas limeñas. Ante la fuerte protesta de los padres de familia y de los curas jesuitas, el Gobierno velasquista se vio forzado a proponer a los llamados “invasores” que acepten ser llevados a los arenales de tablada de Lurín en camiones del Ejército, con una frazada para cada uno y la esperanza de vivir en una nueva ciudad que los técnicos del Gobierno programaron velozmente. Para que nadie vuelva por el lugar con las mismas intenciones, se construyeron dos muros de la vergüenza en Lima que separan a las residencias en los cerros de lujo de las casitas a medio hacer en los cerros pobres. Desde los primeros diez días ya se tenía el acuerdo de llamar Villa El Salvador a ese nuevo gran centro urbano. El Gobierno militar propuso la formación de una Cooperativa Integral Comunal Autogestionaria (CICA), inspirada principalmente por la experiencia política yugoeslava. Desde las bases mismas de los primeros sectores de Villa El Salvador surgió otra propuesta: formar una Comunidad Urbana Autogestionaria de Villa El Salvador (CUAVES). La palabra comunidad brotó de la fuente peruana andina, por iniciativa de Apolinario Rojas, un migrante andino nacido y criado en la comunidad de San Pedro de Casta, en las tierras altas de Lima, convertido luego en obrero textil, en militante trotskista de la izquierda y, luego, en militante y fundador del MRS hasta su muerte. La propuesta velasquista fue derrotada. Con esa victoria comenzó un gran y único momento político de la izquierda peruana, en el que el sueño de la socialización del poder como razón y sentido del socialismo orientó una práctica política nueva que no

tuvo la fuerza suficiente para mantenerse e imponerse en un contexto tan adverso en el cual fueron los compañeros marxistas leninistas de la izquierda pro-Moscú y pro-China los principales adversarios, convertidos en enemigos por la concepción de la conquista del poder, propia del marxismo oficial de aquella época.

El nacimiento del MRS, en 1972, no habría sido posible sin el otro componente decisivo de su historia: la presencia de un dirigente político e intelectual de izquierda de primer orden, Aníbal Quijano, y de pequeños grupos de obreros, campesinos, jóvenes mujeres y hombres, estudiantes universitarios, jóvenes vecinos de Villa El Salvador, y un grupo de intelectuales alrededor de la revista *Sociedad y Política*.

Aníbal Quijano creó la revista *Sociedad y Política*, cuyo Comité de Redacción fue igualmente decisivo para la formación del MRS. Es visible la inspiración en el ejemplo de José Carlos Mariátegui, quien en 1928 creó la revista *Amauta*, la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP) y el Partido Socialista. *Sociedad y Política* fue la revista para pensar y reflexionar sobre el Perú en el día a día y, al mismo tiempo, en la lógica de su larga duración, al lado de intelectuales comprometidos no solo con el conocimiento del país sino con el socialismo como una alternativa política para su transformación. En once años (1972-1983), sus trece números fueron un factor político de primer orden por su vinculación directa con la acción política de sus militantes, principalmente en la CUAVES, y en parte de los movimientos campesinos del centro y sur del Perú, particularmente en Cusco y Puno.

Aníbal Quijano (1998, pp. 155-156) sostiene que la experiencia de la CUAVES es un ejemplo de democracia directa:

[...] fue, claramente, una democracia directa, donde los representantes, las autoridades y sus actos y decisiones en el ejercicio de estas responsabilidades quedaban sujetas al control directo de los miembros de la comunidad.

Semejante estructura reclamaba y estimulaba la participación de todos los pobladores en los debates en las acciones acordadas en las asambleas. Pero también permitía a las gentes establecer entre sí relaciones directas, desde las comunales, de grupo, hasta las plenamente individuales. En un sentido, de una parte, se estableció una urdimbre entre la vida comunal y la familiar e individual. Pero eran gentes de heterogéneas procedencias e identidades, que se relacionaban entre sí como individualidades. Pudieron confluír, por lo tanto, múltiples y heterogéneas identidades y subjetividades. Articularse y diferenciar intereses diversos. Consentir y disentir ideas y orientaciones. No era la memoria de los mayores o la tradición y las jerarquías tradicionales lo que regía la vida de la comunidad,

sino el debate, la decisión y la elección. La solidaridad no era, por lo mismo, una voluntariosa decisión o un discurso, sino el tejido mismo de la vida diaria entre las gentes y la comunidad. Y algo extremadamente importante de ser tenida en cuenta para la discusión: toda acción era no solo producto del debate y decisiones colectivas, sino que ella misma colectiva, tenía siempre y necesariamente el carácter de una negociación colectiva de una parte o del conjunto de la población en cada caso.

2. Algunas precisiones sobre el MRS

1. Se trató de un movimiento y no de un partido. En 1972 ya no tenía sentido que un partido siga reproduciendo el modelo marxista-leninista de una especie de iglesia del poder revolucionario, como un aparato para mandar y asegurar la continuidad en el poder de los que mandan y que el resto se limite a obedecer. La lucha entre dos líneas: supuestamente revolucionaria, una, y contrarrevolucionaria, la otra; dueña de la verdad, la primera, y traidora, la segunda, mostraba el incurable virus de la división. Soviéticos y chinos ya habían saturado la historia de la izquierda con dolorosas y dramáticas divisiones, persecuciones y condenas a muerte de los adversarios convertidos en enemigos por no haber tomado nunca en cuenta el derecho de equivocarse. En un mundo de supuestas verdades y falsedades-traiciones, de luchas entre buenos y malos, admitir un error era simplemente inaceptable. Formar una organización nueva planteaba el desafío de crear un colectivo abierto, paso a paso, sin pretensiones de tener la propiedad de la verdad.
2. El MRS propuso hablar simple y sencillamente de socialismo y no esconder las intenciones socialistas disfrazándolas con fantasías de un nacionalismo democrático, porque “no estarían reunidas las condiciones para hablar del socialismo”, como sostenían los jefes soviéticos y chinos.
3. Fue visible el componente utópico, a través de una vieja luz de la comuna parisina de 1871 alumbrando algunos trozos del camino. Organizar el mundo de otro modo, entendiendo el socialismo como una socialización del poder, no como una conquista del poder en nombre de los obreros o los campesinos sino como la participación de todas, todos y cada una, uno, en la toma de decisiones para favorecer el bien común y no imponer los intereses particulares de quienes desean convertirse en líderes y dirigentes aparentemente insustituibles.

4. La contradicción profunda con el velasquismo fue sin duda un elemento decisivo para su aparición. Las reformas impuestas militarmente desde arriba sin consultar a nadie abajo, la ilusión de suponer que para hacer una revolución bastaba cambiar las relaciones de propiedad sin tocar las relaciones de producción, la lógica de la acumulación capitalista y su división internacional del trabajo, fueron claramente advertidas por los textos escritos por Aníbal en los artículos de la revista *Sociedad y Política* y de la publicación eventual *Revolución Socialista* (MRS, 1979a, 1979b). Era inadmisibles aceptar que para seguir siendo revolucionarios tenía que ser indispensable apoyar la revolución velasquista. La lógica bíblica con nosotros o contra nosotros era un chantaje más. Por eso la distancia con los militantes del Partido Comunista y con los socialistas marxistas-leninistas se ensanchó.
5. En 1971, el año de creación de Villa El Salvador, surgió también Sendero Luminoso como un nuevo Partido Comunista a partir del comité regional del viejo Partido Comunista Peruano en Ayacucho. Su discurso-promesa para demoler el Estado feudal y sobre sus escombros construir un Estado de nueva democracia, luego de una guerra popular del campo a la ciudad, apareció en paredes universitarias y muros en los caminos de la sierra central y sur, a partir de su implantación universitaria en Ayacucho. La década de 1970 fue de preparación para el comienzo de la lucha armada, el 17 de mayo de 1980. Con ellos o contra ellos. La misma lógica que el velasquismo. En Villa El Salvador constituyeron una pequeña fuerza política y rápidamente llegaron a la conclusión de que una propuesta como la CUAVES debía ser destruida. Lo mismo pensaban las muchas organizaciones proquinas de esa década y las organizaciones de la “nueva izquierda” que veían en los militantes de la CUAVES y del MRS un peligro serio en su etapa de “acumulación de fuerzas”.

Por lo que acabo de contar en un rápido resumen, el desafío del MRS fue muy grande: un pequeño núcleo de militantes abiertamente socialistas con una propuesta original de organizar una ciudad socializando el poder con la oposición de todas las fuerzas políticas de entonces: velasquistas, proveasquistas, comunistas velasquistas y casi una veintena de organizaciones proquinas marxistas-leninistas. ¿Estaba el MRS en condiciones de afrontar ese desafío?

3. Una utopía en el arenal

Lima ha crecido siguiendo los movimientos de sus habitantes sin techo en busca de algún espacio disponible para construir sus casas. En el caso preciso de Villa El Salvador se produjo una novedad: el Gobierno militar encargó al arquitecto Miguel Romero pensar y realizar el proyecto de una ciudad nueva, organizada en “manzanas”, “grupos residenciales” y “sectores” con espacios públicos y reservados para la cultura, la política y el deporte, dentro de un horizonte ya existente entre los arquitectos peruanos para imaginar ciudades satélites con un área residencial, agrícola e industrial, con manzanas residenciales alrededor de un espacio público central. A fines de 1971, veinticuatro familias se organizaron en cada manzana, dieciséis manzanas con trescientas ochenta y cuatro familias formaron un grupo residencial y veinticuatro o veintiséis grupos residenciales constituyeron un sector. En 1983, Villa El Salvador tenía ya trescientos mil habitantes, luego de su última expansión posible a una especie de nuevo sector llamado Pachacamac (Montoya, 2011, p. 26).

Crear una ciudad en un inmenso arenal, desde abajo, sin aliados, en un contexto de extrema pobreza fue, sin duda, una aventura política de futuro por lo menos incierto. Cuando los sueños entran en el espacio político, lo hacen encendiendo voluntades, multiplicando fuerzas. Cuando se es pobre o se tiene un empleo apenas remunerado, convertir un lote de terreno en una casa suponía, en Lima, en 1971, buscar recursos en todas partes a partir del principio de reciprocidad de la cultura andina quechua, vigente en los migrantes de primera y segunda generación de esos tiempos y presente también en los vecinos limeños, costeños y amazónicos como consecuencia de la necesidad. Dicho de otro modo, cuando es imposible que con nuestras propias fuerzas podamos resolver los problemas, nos queda el recurso de apelar a los familiares y amigos. Este es el principio del don, prácticamente universal en todas las sociedades humanas, particularmente antes del capitalismo, que se enuncia del modo más sencillo: dar para recibir y recibir comprometiéndose a devolver (Mauss, 2009). La familia y los amigos nos ofrecen una jornada de trabajo esperando que en otro momento nosotros les devolvamos una jornada de trabajo igual. ¿Y los ladrillos?, ¿el cemento?, ¿la piedra chancada? Se compran en el mercado, tienen precios que incluyen las ganancias de productores e intermediarios. La idea sencilla fue crear una caja comunal, un grifo para el kerosene, una panadería, una farmacia, con

la intención de eliminar a los intermediarios y abaratar los precios. La construcción comienza, pero no tiene fecha para terminar; aun hoy, las casas a medio hacer tienen ladrillos disponibles para cuando llegue el momento de construir una habitación más.

Paralelamente, en las décadas de 1970-1980, se multiplicaron los esfuerzos de organización: en 1971 se formó el Sindicato Único de Trabajadores de la Educación Peruana (SUTEP), en 1974 se reorganizó la Confederación Campesina del Perú (CCP) —dos de los gremios más importantes del país—, se creó también la Federación Popular de Mujeres de Villa El Salvador (FEPOMUVES), etc. Con la lógica de capturar el poder de cuanta organización exista, se produjo en los predios de la izquierda un afán sin medida por controlar las juntas directivas. ¿Para hacer qué? Allí donde los programas no existen o son pequeños borradores, la lucha por el poder se convierte en una simple competencia para saber quién es más fuerte que quién, y en ese espacio vacío, los intereses de grupos y de individuos se expresan todos los días. Para las organizaciones de la izquierda en Villa El Salvador era importante capturar la CUAVES, echar de ahí al “trotskista de Apolinario Rojas y su camarilla”. Desde el Gobierno y SINAMOS, su aparato de control y manipulación de la población, el objetivo fue el mismo.⁴

El sueño de un Gobierno autónomo construido desde las bases, en un contexto social adverso de pobreza, sin apoyos económicos de organismos de cooperación internacional ni ONG propias o afines, no pudo resistir la oposición de todas las organizaciones que compartían la clásica concepción del poder que se conquista y ocupa sin precisar para qué, además de disfrutar de ese poder por quienes “lo conquistan”. No fue suficiente la honradez de los compañeros como Apolinario Rojas, porque la acusación de malos manejos con los exiguos fondos de las cajas comunales fue muy fácil, aunque no tuviera prueba alguna. Apolinario Rojas fue siempre un trabajador y vecino pobre de Villa El Salvador. Murió como la mayoría de pobres en Lima, con la atención médica pública tardía e irresponsable, por una simple hernia inguinal que le produjo una irreversible infección generalizada.

4 En una de las convenciones de la CUAVES, los adversarios de Apolinario Rojas lo agredieron, golpearon y echaron del local. No tenían entonces idea alguna de lo que significa el derecho a la diferencia y el respeto de los otros como mínima expresión de algo llamado espíritu democrático.

4. Michel Azcueta: el alcalde que convirtió la CUAVES en una ONG

Desde fuera de la CUAVES surgió la figura de Michel Azcueta, un profesor católico vasco llegado de España para enseñar en los colegios Fe y Alegría. Como militante del partido Vanguardia Revolucionaria, tuvo una participación destacada en Villa El Salvador a partir de un gesto importante, se instaló en la zona para trabajar y vivir ahí. Fue la persona clave para canalizar, entre 1975 y 1983, la ayuda de los organismos de cooperación europea a las ONG. Estaba muy bien entrenado en las cuestiones del poder y el control de las organizaciones. Fue, seguramente, uno de los primeros en advertir que la lucha dentro de la CUAVES se agotaba y que el rápido crecimiento de la población plantearía la necesidad de convertir a Villa El Salvador en un distrito de la provincia de Lima.

Sabía muy bien lo que implicaba su iniciativa de crear un Centro de Comunicación con los jóvenes que él formó. En efecto, si la aventura urbana en el arenal comenzó en 1971 con diez mil futuros vecinos llegados en camiones del Ejército, en 1983 la población era ya de trescientos mil habitantes. La distritalización de Villa El Salvador fue planteada como necesaria por todos los sectores, la CUAVES incluida. ¿Cuál sería el futuro de la CUAVES dentro del nuevo distrito? Michel Azcueta prometió en su campaña electoral que el primer decreto de su alcaldía sería el reconocimiento oficial de la CUAVES. Los hechos demostrarían después que él, su partido y sus aliados apostaron por presentarse a las elecciones, ganarlas y olvidar a la CUAVES. No fue dirigente en la CUAVES. Como gestor e intermediario de proyectos de desarrollo para Villa El Salvador, consiguió múltiples apoyos financieros.

Tuvo la habilidad de llevar en su lista como teniente alcaldesa a la compañera María Elena Moyano, quien, con su condición de mujer, afroperuana, pobre y militante de una organización cristiana de la izquierda, su juventud, su puesto de presidenta de la FEPOMUVES y su carisma personal, se convirtió en una lideresa muy apreciada en Villa El Salvador. Azcueta y Moyano fueron premiados por el Gobierno español. Por sus posiciones abiertamente contrarias a Sendero Luminoso, fueron atacados por dos de sus comandos; Azcueta salvó su vida, pero María Elena Moyano fue asesinada a tiros y rematada con un cartucho de dinamita el 15 de febrero de 1992, un día antes de su acordado viaje camino al exilio en España con sus hijos y el apoyo del embajador español y de un grupo de sus amigas más cercanas.

En su texto “Villa El Salvador es hombre del año 1986”, Azcueta (en Zapata, 1996, p. 355) escribió: “Si hay algún mérito en nuestra gestión municipal es precisamente ese: haber logrado una correcta relación entre la CUAVES y el municipio, fortaleciendo la organización popular y manteniendo en alto el lema ‘ley comunal es ley municipal’”. Veinte años después, en el 2007, Azcueta sigue siendo un exmaestro de Fe y Alegría. Pasó de la izquierda a la derecha por conveniencias electorales. No es más un educador popular, lo que habría sido un consuelo para él; es un político oenegésico, con una ONG propia como la base de acción individual, y tal vez seguirá preguntándose qué es lo que debió haber sido. Nadie le quita lo vivido y lo bailado. Todo el activo de la CUAVES como mística de un trabajo alternativo fue capitalizado por él a través de sus importantes relaciones internacionales. Cuando en 1987 sostuvo que alguno de sus méritos fue “haber logrado unas correctas relaciones entre la CUAVES y el municipio” (Azcueta, 1988), se refería sin duda al cambio de dirección ocurrido en la CUAVES entre 1983 y 1986, cuando era alcalde.

La conversión de la CUAVES en una simple ONG para apoyar a la comunidad de Villa El Salvador, a la que no llama distrito, es la prueba mayor de la doblez política de Azcueta, su partido y sus amigos. He aquí un texto transparente:

En mayo de 1985, se cumple un anhelo de los dirigentes del CEC de Julio Calle: la CUAVES se constituye en asociación civil sin fines de lucro. La CUAVES tendría ahora la finalidad de prestar servicios de apoyo a la comunidad de Villa El Salvador para lograr su desarrollo integral; dedicado a la realización de actividades de promoción humana, social cultural de capacitación de acuerdo con los valores de solidaridad, libertad y Justicia. La CUAVES promoverá la generación de entes comunales y de otros de carácter de carácter autogestionario de acuerdo con sus fines de promoción social y cultural (Estatuto de la asociación ONG CUAVES) (Azcueta, 1987).

5. Alianza Revolucionaria de Izquierda (ARI), antes y después: irresponsabilidad política, vanidad, división, soledad y muchos pasos atrás

Luego del paro nacional que paralizó a la ciudad de Lima en 1977, el regreso de los militares a sus cuarteles fue inevitable y se abrió en el país un proceso político nuevo: una Asamblea Constituyente en 1979, y elecciones

presidenciales después de diecisiete años. En medio de la división de la izquierda en una veintena de organizaciones, su unidad era la única posibilidad de conseguir un buen resultado electoral. En las elecciones para la Asamblea Constituyente, Hugo Blanco, el dirigente de las tomas de tierras de Cusco, obtuvo la más alta votación entre los electores de izquierda. Sobre esa base, él debería haber sido el candidato de ARI, “sí” en quechua tal como propusieron el MRS, la Unidad Democrática del Perú (UDP) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). No se trataba de ganar las elecciones sino, sencillamente, de avanzar un paso en un espacio electoral que por primera vez se abría para la izquierda a nivel nacional, con un horizonte alentador. Pero volvieron a aparecer los fantasmas de la división: los comunistas prosoviéticos y prochinos tenían viejas cuentas europeas y peruanas con los trotskistas desde tiempos de Stalin y Mao. Alfonso Barrantes, exaprista y excomunista, dijo que “moriría antes que ir debajo de un trotskista” en una plancha electoral de izquierda.

No obstante, un bloque unitario de izquierda como el ARI despertó entusiasmo en las bases de las organizaciones de izquierda, pues representaba un deseo sincero de unidad. Cuando ya la campaña electoral de 1980 había comenzado, el MRS y el PRT compartieron con la UDP —un pequeño frente en el que estaba el partido Vanguardia Revolucionaria— la defensa de la candidatura de Hugo Blanco. Estuve en el mitin político en Villa El Salvador en el que Hugo Blanco y Aníbal Quijano compartieron una tribuna y fueron paseados en hombros. Creo no equivocarme en afirmar que esa fue la primera y última aparición electoral de Aníbal.

Pronto las sombras de la división de ARI se ensancharon por lo que ocurría dentro del bloque de organizaciones y tendencias trotskistas “mundiales” —en específico, sus tendencias francesas, belgas, latinoamericanas, argentinas, bolivianas y peruanas—. La lectura aparentemente unánime de estas fuerzas parecía muy sencilla: después del asesinato de Trotsky en México, estaban convencidos de que Hugo Blanco habría sido en 1980 el dirigente trotskista más importante en el mundo y que su victoria estaría al alcance de sus manos. La pregunta clave habría sido: ¿si estamos al borde de la victoria, por qué compartirla con los adversarios-enemigos stalinistas y prochinos? Hugo Blanco, finalmente, tomó la decisión. Uno de sus delegados en la reunión de ARI anunció: “El PRT no irá en alianza alguna, irá solo”. ARI se rompió no solo por la oposición de las organizaciones adversarias del PRT sino también por decisión propia de los trotskistas y, particularmente, de Hugo

Blanco. Confundieron sus buenos deseos con la realidad, no supieron valorar la importancia política de una lista unitaria de izquierda que, seguramente, no habría ganado, pero que sí habría afirmado un terreno nuevo y sólido para el futuro. Divididos en pedazos, en las elecciones de 1980 ofrecieron el lamentable espectáculo de un descalabro. Hugo Blanco dejó pasar una excelente oportunidad y nunca pudo recuperar parte de su vieja gloria.⁵

6. CUAVES y ARI, dos derrotas muy graves en el Perú

En 1983, Villa El Salvador se convirtió en un nuevo distrito de la provincia de Lima y el sueño utópico de la CUAVES terminó. En ese mismo año, el Comité de Redacción de la revista *Sociedad y Política* preparó y publicó su edición número 13, que fue la última. Algunas semanas después, Aníbal Quijano informó al Comité de Redacción que el ciclo de la revista había concluido. Lo mismo ocurrió después con el MRS. Ni el movimiento ni el director de la revista publicaron documento alguno dando cuenta de esas decisiones. Tampoco Aníbal a título personal escribió nada. La militancia esperaba una explicación que nunca se produjo. Inevitable resulta la pregunta: ¿por qué?

Antes de seguir adelante, me parece importante agregar un elemento más al listado que presenté líneas arriba sobre las particularidades del MRS. Hasta donde sé, el MRS ha sido el único movimiento político de la izquierda peruana sin una lucha interna por el poder, sin dos o más tendencias al interior, sin nadie que aspirase a ocupar el puesto de secretario general. Se trata de un caso excepcional. No es difícil inferir que el conjunto de su pequeña militancia estaba plenamente convencido de la necesidad de un movimiento político que no fuese un campo de batalla por el control del poder como en el resto de organizaciones de la izquierda. Una hipótesis posible sería admitir que el liderazgo de Aníbal era indiscutible y que ninguno de los militantes de primera línea se atrevería a desafiarlo. Cuando el movimiento y la revista fueron declarados desaparecidos, hubo compañeros de base que sugerían que los compañeros X, Y o Z aceptasen la responsabilidad de retomar el proyecto político. No hubo reunión alguna con ese propósito, y ninguno de los compañeros X, Y o Z mencionados aceptó esa posible responsabilidad.

5 Véase el texto del MRS: "ARI: ¿Por qué y cómo se desintegró? ¿Quiénes son los responsables?" (1980).

Un asunto pendiente es tratar de explicar el silencio de Aníbal sobre su decisión de cerrar la revista *Sociedad y Política* y el MRS. Luego del tiempo transcurrido, conservo la impresión de que él evitaba responder preguntas sobre esa decisión. Se trata de un silencio de más de treinta y cinco años (1983-2018). La esperanza de leer algunas respuestas en lo que podrían haber sido sus memorias fue diluyéndose porque él, a diferencia de otros políticos e intelectuales como Fernando Henrique Cardoso, su amigo y expresidente de Brasil, por ejemplo, no creía en las memorias y no sentía la necesidad de escribirlas. Es posible que luego de la publicación de su libro *Cuestiones y horizontes...* habría respondido a una larga entrevista, pero no sé si esta información es cierta. Si así fuera, habrá que esperar. Se sabe que, en los pequeños círculos de amigos queridos, es norma generalmente aceptada respetar los silencios y es preferible no formular preguntas si estas tocan fibras profundas de las personas.

Podría ser útil una última reflexión antes de cerrar esta contribución. La decisión personal de Aníbal de cerrar la revista *Sociedad y Política* y no continuar con el MRS, en la política peruana, debió haber sido consecuencia de una reflexión profunda, de un balance frío y descarnado de la realidad y, tal vez, de una autocrítica personal, porque se trataba de dos de sus proyectos político-intelectuales más importantes en por lo menos veinticinco años de su vida, precisamente los de su madurez y plenitud. En 1983, el electoralismo de la izquierda peruana tuvo una fugaz victoria con Alfonso Barrantes, candidato de Izquierda Unida (sin el bloque socialista que promovió el ARI) y convertido en el primer alcalde socialista de Lima y de una capital latinoamericana. Después de 1985, la veintena de organizaciones de la izquierda perdió el norte. “Salvo una curul, el resto es ilusión” fue y sigue siendo desde entonces la consigna más importante en los predios electorales. Los dirigentes de las organizaciones políticas y de los gremios laborales se embarcaron en la batalla electoral para conseguir un asiento en el Congreso. ¿Para qué? La pregunta no se planteó en serio entonces, ni ahora, porque parecía y parece inútil. Pasaron al olvido las tareas pendientes de la revolución que proponían y de la línea que cada partido debía ofrecer. Los jefes de partidos y gremios que tuvieron la suerte de ser elegidos congresistas consiguieron un nuevo empleo muy bien remunerado, y disfrutaron de las pantallas de TV y portadas en los medios de comunicación. Los que no tuvieron esa suerte trataron de buscar nuevas oportunidades, en las elecciones siguientes, con menos fortuna que aquellos de los “doce años de democracia” (1980-1992, golpe de Estado de Alberto Fujimori y la Fuerzas Armadas).

La aparición de Sendero Luminoso, en 1980, y su férrea voluntad para demoler el Estado “feudal” o “semifeudal” del Perú fue decisiva para que la grieta que divide nuestro país se ensanchase mucho más y para que el concepto de izquierda perdiese gran parte del espacio ganado, pese a sus constantes divisiones. La consigna “con nosotros o contra nosotros” llenó de minas ese terreno de izquierda durante veinte años. Su prédica a tiros y con palabras cargadas de dinamita reservaba la condición de izquierda exclusivamente para ellos, los senderistas. Descalificaron a Izquierda Unida y a todas las organizaciones de izquierda no senderistas, considerándolas como traidoras y enemigas del pueblo. Una consecuencia de esa política de brutal confrontación fue que al interior de casi todas esas organizaciones de la izquierda electoral se produjeron desprendimientos que optaron por la lucha armada. Una justa posición de izquierda suficientemente seria como para no caer en el electoralismo de Izquierda Unida y en la violencia criminal de Sendero no tuvo el espacio que merecía.

Desde las Fuerzas Armadas, el APRA, el fujimorismo, la política norteamericana, y en parte también europea, la lucha contra Sendero fue convertida en una aparente “lucha entre la democracia y el terrorismo”, sin que en parte alguna nadie de sus ideólogos y representantes importantes se atreviese a definir lo que democracia y terrorismo querían decir como categorías políticas, y limitándose solo a usarlas como palabras de autorreconocimiento y de descalificación del otro. Fujimoristas, apristas, acciopopulistas, pepecistas, jefes y oficiales de las Fuerzas Armadas y policiales se vieron como defensores y salvadores de la democracia. En la otra orilla situaron a senderistas, emerretistas e izquierdounidistas presentándolos como terroristas. En esa lógica de razonamiento, el concepto genérico y universal de terrorista como la persona que mata a personas inocentes solo fue usado para acusar a sus adversarios-enemigos. Nunca aceptaron la existencia de un terrorismo de Estado, del mismo modo que nunca entendieron ni quisieron entender que el concepto de democracia no se confunde con los asesinatos y violaciones, y que no se defiende a la llamada democracia matando a decenas de miles de personas en su nombre.

Esa lógica de razonamiento sigue vigente hoy. Los jefes de las Fuerzas Armadas responsables de masacres de decenas de miles de personas, principalmente indígenas, siguen convencidos de que matando como lo hicieron defendieron la democracia y que por eso deberían ser premiados y no juzgados. Con esa pobreza intelectual, política y moral de primer orden, rechazaron

las conclusiones de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR), que en el 2013 atribuyó a Sendero Luminoso y al MRTA el 54 % y a las Fuerzas Armadas el 46 % de los casi setenta mil muertos en el periodo 1980-2000. Ese rechazo no les pareció suficiente, porque fueron más lejos, atreviéndose a cuestionar el concepto mismo de memoria y exigir que esta sea vista como neutra y exclusivamente “antiterrorista”, y a proponer un museo propio para la memoria de sus ángeles-héroes que no deberían estar en el mismo museo (el Lugar de la Memoria, conocido como LUM) que los malvados-terroristas. Felizmente, hoy, luego del naufragio del fujimorismo y el APRA, ya no tienen la fuerza política para imponer su museo propio.

A lo que acabo de decir sobre las derrotas y graves problemas políticos ocurridos en las décadas de 1980-1990, habría que agregar algunos de los acontecimientos ocurridos en el mundo por esos mismos años. El más importante de todos fue la caída del muro de Berlín, hecho simbólico extraordinario seguido por el naufragio de la URSS y la desaparición del bloque socialista de Europa del Este. Poco más de setenta años después de la Revolución bolchevique, el castillo socialista se derrumbó y se diluyó en el aire la más grande ilusión de la izquierda en el siglo XX. Estados Unidos se sintió dueño del mundo, la Guerra Fría acabó por congelarse, China y Cuba quedaron aparentemente sin horizonte visible. La división bipolar del mundo parecía ceder y orientarse a una multipolaridad. Estados Unidos y el bloque socialista se habían mantenido firmes con lo mejor de sus vitrinas: la libertad por encima de la igualdad de oportunidades, el individuo sobre lo colectivo y público, en el primer caso; y la búsqueda de la igualdad, sacrificando la libertad y lo colectivo en desmedro de lo individual, en el segundo. No fue posible conciliar la justicia y la libertad al mismo tiempo. En consecuencia, ese pilar central de la utopía occidental de la modernidad quedó pendiente. En ambos casos, fue común la política de depredar la naturaleza para satisfacer el consumismo sin límites. China es hoy una potencia económica que combina la fuerza de la inversión capitalista privada y el control político, laboral y demográfico del Estado comunista del viejo partido único. La gran pregunta es: ¿hasta cuándo será posible esta inesperada unión de fórmulas opuestas?

El naufragio de una opción de izquierda produjo —seguramente— dolor, decepción y desencanto en millones de personas en el mundo. Aníbal no podría haber sido una excepción, más aún si, como he mostrado en este texto, dos de sus proyectos políticos fundamentales no dieron el resultado que él y los militantes del MRS esperaban en Perú. En las décadas de 1980-1990 se

cierra una etapa en la vida política de Aníbal y se abrió otra. No se embarcó en un nuevo proyecto político peruano, pero sí continuó en su permanente trabajo de teorizar sobre el poder. Su vasta producción intelectual a lo largo de casi sesenta años es suficiente prueba de lo que afirmo. Entre 1990 y el 2015 no dejó el Perú, pero viajó mucho. Fue en esos años en los que produjo su propuesta teórica y política sobre la colonialidad y descolonialidad del poder, con muchos textos, felizmente reunidos en su libro *Cuestión y horizontes...* Descolonizar el poder dentro de su estructura mundial, construida desde 1492 en adelante, paralelamente a la formación y desarrollo del modo de producción capitalista y a la aparición del ideal de la modernidad, sería la condición fundamental para resolver los problemas generados por el capitalismo, en un feliz encuentro entre la reflexión teórica y la propuesta de los pueblos indígenas del mundo para sustituir el llamado desarrollo (exclusivamente capitalista) por un ideal de una sociedad de buen vivir, en abierta ruptura con la acumulación capitalista y su indetenible consumismo, y en un proceso por inventar un pleno respeto por la madre naturaleza y de articular el socialismo con la magia, es decir, con el placer de vivir con alegría, bailando y cantando, en un permanente y amoroso diálogo con la madre tierra.

Bibliografía

- Azcueta, M. (1987). El orgullo de ser parte de nuestra identidad. Entrevista con Michel Azcueta. *Cuadernos Urbanos*, 20. Lima.
- Azcueta, M. (1998). *La municipalidad y la producción empresarial, a través de la Dirección de Promoción Empresarial y Cooperación del municipio. Villa El Salvador*. Lima.
- Coronado, J. y Pajuelo, R. (1997). *Villa El Salvador. Poder y comunidad*. Lima: CECOSAM, CEIS.
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Montoya, R. (2019). *Culturas: realidad, teoría y poder*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (en prensa).
- Montoya, R. (2011). *Porvenir de la cultura quechua en el Perú. Desde Lima, Villa El Salvador y Puquio*. Lima: Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas, Confederación Nacional de las Comunidades del Perú Afectadas por la Minería, Oxfam América, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Montoya, R. (1980). *El capitalismo y no capitalismo en el Perú: un estudio histórico de su articulación en un eje regional*. Lima: Mosca Azul Editores, Centro de Investigaciones Sociales.
- Montoya, R. (1978). *A propósito del carácter predominantemente capitalista de la economía peruana actual*. Lima: Editorial Impulso. [La segunda edición de este libro fue publicada por Mosca Azul Editores y el Centro de Investigaciones Sociales, dirigido por Aníbal Quijano].
- Movimiento Revolucionario Socialista (1980). ARI: ¿Por qué y cómo se desintegró? ¿Quiénes son los responsables? *Sociedad y Política*, documento del MSR.
- Movimiento Revolucionario Socialista (1979a). ¿Qué es y qué no es el socialismo? (parte I). *Revolución Socialista*, 28.
- Movimiento Revolucionario Socialista (1979b). ¿Qué es y qué no es el socialismo? (parte II). *Revolución Socialista*, 29.
- Quijano, A. (2014). *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Buenos Aires: CLACSO.
- Quijano, A. (1998). *La economía popular y sus caminos en América Latina*. Lima: Mosca Azul Editores.
- Quijano, A. (1980a). *Dominación y cultura: lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*. Lima: Mosca Azul Editores.

- Quijano, A. (1968). Arguedas: la sonora banda de la sociedad. *Hueso Húmero*, 19. Lima.
- Quijano, A. (1965). *La emergencia del grupo cholo y sus implicaciones en la sociedad peruana* [tesis de doctorado]. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Zapata, A. (1996). *Sociedad y poder local. La comunidad de Villa El Salvador 1971-1996*. Lima: DESCO.